



PROLETARIADO DE LA PLUMA

O. C. tomo X

(Confesiones cínicas)

Los intelectuales, ¿eh? ¡buenos estamos los intelectuales! Y pues que se empeñan me incluyo entre ellos.

Aun sin saber bien, lo repito, qué sea eso de ser intelectual. Lo que sé es que vivo, si no del todo, en gran parte, de la pluma, escribiendo para el público, y que como ello me ayuda a sacar adelante a una no escasa prole me puedo muy bien llamar proletario del publicismo o de la publicidad. Y que todo esto aunque a alguien le pueda parecer cínic, es la pura verdad.

Los proletarios de la pluma servimos al público, sin duda, pero también a las empresas que nos demandan y nos pagan nuestros trabajos, y tenemos deberes para con aquél, con el público, y para con las empresas. Y deberes, de solidaridad y de dignidad profesional, unos para con otros.

Que las empresas de publicidad luchan entre sí está muy bien y mejor para nosotros si esa concurrencia o competencia les lleva a disputarse nuestra colaboración y a buscarla ofreciéndonos ventajas. Lo que no estaría ya bien es que nosotros nos prestásemos a servir a esa concurrencia con armas que nos deben estar prohibidas. Y si alguna vez tenemos que contribuir a la lucha de esa concurrencia—lo que es muy natural—debemos procurar que sea en juego limpio—"fair play"—en buena y noble lid.

A mí, que soy un publicista que vive de la pluma y que me dirijo al público con harta frecuencia hablándole de los problemas de mayor actualidad, se me pide, en una encuesta—no encuesta—una opinión sobre algo. Lo natural sería que se la pidiesen al que no acostumbra a dirigirse con frecuencia y, por escrito al público. Y yo, que tengo mi tribuna—ahora es, ahí, en Madrid, este diario—contesto desde ella. ¿Hay cosa más natural? Y si al que me pregunta le interesa mi respuesta no tiene más que tomarla de aquí.

¡Pero no! sino que el mismo día

en que yo publico aquí mi contestación a la encuesta o encuesta—¡encuesta, no!—aparece en el diario de donde me llegó ésta un párrafo, entrecomillado, —lo que supone copia— de una supuesta carta mía a un supuesto amigo de Bilbao, cuando no he escrito a nadie, ni de Bilbao ni de fuera de él, sobre lo que allí se dice. Y el párrafo entrecomillado es total, entera y absolutamente apócrifo. (El señor Maura, director de la Real Academia de la Lengua diría totalmente, enteramente y absolutamente, ya que no decimos, dirá él, hiber—igual—y fraternidad). ¿Es esto juego limpio?

¡Claro que yo no iba, al protestar contra esa atribución, a meterme a discutir lo que se me hacía allí decir...! Hace años ya que en un diario de Valencia se publicaron unos artículos sobre mi firma; negué su autenticidad y no caí en el lazo de ratificar ni rectificar su contenido. Sólo respondo de lo que realmente escribo y esto lo firmo siempre, y he adoptado por norma si se me atribuye algo que no haya yo dicho ni escrito, a lo sumo negarlo mas sin condenar ni execrar lo atribuido y sea ello lo que fuere. No paso porque se me quiera tirar de la lengua... o de la pluma. Las saco cuando me parece.

No; hay armas que no debemos emplear. Y allá va otra. Y es que en mi último paso por la Corte, de vuelta del juicio en que fui condenado nada menos que a diez y seis años de presidio—el presidente del tribunal, distinguido "aficionado" y peritísimo en tauromaquia, es ya magistrado del Supremo—me contó un amigo que habiendo llevado a cierto diario nuevo de ella un artículo en que entre otros aparecían los nombres de mi amigo don Manuel Azafía y el mío, le tacharon estos dos porque escribíamos aquí! La cosa me dejó estupefacto.

¡Intelectuales, eh? ¡sí, buenos estamos los que nos dicen intelectuales!





Pero ¡por Dios! como si no fuese poco el que tengamos la necesidad —sí, necesidad, así como suena, necesidad de proletarios de la pluma— de que nuestra firma—porque nuestro nombre es firma—ande por la calle y corra de mano a mano, todavía si nos va a traer y llevar y si dijimos esto o lo otro...! ¿No vamos

a poder tener ni vida recatada ni a reservarnos algo? ¡Y luego hay mentecato que habla de exhibicionismo! Tanto valdría culparle de exhibicionis a un actor. O tal vez al hombre-anuncio.

¡Terrible tragedia íntima la del que ha convertido su nombre en firma y vive de la firma! ¿Retirarse a la vida privada? Sí; eso se dice fácilmente. Ahora, que esa tragedia se ennoblece no firmando nunca sino aquello que sincera y lealmente se siente y se cree. El sacerdote vive del altar y cobra su misa, pero por eso no se dice que alquile el sacrificio místico. Ni el juez alquila la sentencia porque cobra por dictarlas, aunque alguna vez—rarísimas, hay que decirlo—venda su juicio. Más frecuente es que se sentencie bajo presión de poderes poderosos, vindicativos y mal aconsejados. Y entre nosotros, los que dicen intelectuales, lo de alquilar la pluma tiene un sentido muy distinto que el de vivir de lo que sus productos nos dan.

Decir siempre la verdad es dura tarea. Pero es más dura cuando no nos es dado decirla gratis, y cuando no creemos deber callarla. ¡Terrible cosa tener que cobrar la proclamación y predicación de la verdad! ¡Pero cosa terriblemente triste cobrar el silencio.

MIQUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S